

11. *Por eso tengo gran cuidado de complacerle, y de hacer fructificar los bienes que me ha confiado. Por eso, aunque el pacífico Salomon tuvo una viña en aquella parte que se llama Baal-Hamon," es decir, que tiene por dueños á diferentes pueblos, y que él la ha dado á las gentes para guardarla y cultivarla, de suerte que cada hombre de aquellos á quienes la ha arrendado, debe darle mil piezas" de plata por el fruto que saca;*

12. *Yo al contrario, no he arrendado mi viña á nadie; sino que está siempre delante de mí; yo mismo la guardo y la cultivo. Si pues tú, pacífico," sacas mil piezas de plata de tu viña; y si los que la guardan y recogen los frutos, sacan todavía doscientas de utilidad, ¿cuánto mas te producirá la viña que me has confiado y que yo misma cultivo?"*

§ III. Atencion de los santos á la voz de la Iglesia. Deseo que el mismo Jesucristo tiene de oírle entonar cantares de alegría. Solo en el cielo será perfecta la alegría de la Iglesia; y solo allí podrá entonar cantares perfectos.

EL ESPOSO.

13. *O tú, que tomas este cuidado por mi amor, que habitas en los jardines, y tú misma los cultivas, los amigos nuestros están atentos y despiertos para escucharte; hazme pues oír tu voz."*

LA ESPOSA.

14. *No puedo cantar aquí abajo; pero huye, amado mio, y aseméjate en tu huida á la corza y al cervatillo; corre con la misma ligereza que ellos sobre la montaña de los aromas. Yo iré á buscarte allí, y haré que oigan mi voz tú y todos los que tú amas.*

¶ 11. El sentido del hebreo es este: Salomon ha tenido una viña en Baal-Hamon, y la ha dado &c. Se cree que *Baal-Hamon* es Engaddi sobre el mar Muerto; otros piensan que es Hamon en la tribu de Neftali. 1. Par. vi. 76.

Ibid. Es decir, mil siclos de plata que hacen cerca de 1620 lib. francesas (301 ps. 2 rs. 6 gs.)

¶ 12. El sentido del hebreo es este: *ó pacífico, ó Salomon.*

Ibid. Hebr. dif. Mi viña está delante de mí; yo tengo cuidado de ella; tú, *ó Salomon*, le sacarás los mil siclos de plata, y los que guardan sus frutos sacarán otros doscientos.

¶ 13. Hebr. dif. O tu que habitas en mi jardin, los amigos están atentos á tu voz; déjala pues oír. En el hebreo se lee *in hortis socii*, acaso en lugar de *in horto meo, socii*; y se lee tambien *attendunt ad vocem tuam*, lo que da motivo á presumir que en lugar de *fac audire me*, hubiera podido leerse *Fac audire eam*.

11. *Vinea fuit pacifico in ea, quae habet populos: tradidit eam custodibus: vir affert pro fructu eius mille argenteos.*

12. *Vinea mea coram me est. Mille tui pacifici, et ducenti his, qui custodiunt fructus eius.*

13. *Quae habitas in hortis, amici auscultant: fac me audire vocem tuam.*

14. *Fuge, dilecte mi, et assimilare capreae, hinnuloque cervorum super montes aromatum.*

PREFACIO

SOBRE

EL LIBRO DE LA SABIDURIA.

MUCHO tiempo ha que se estableció el uso de dar á los libros morales del Antiguo Testamento el nombre de *Sapienciales*, ó *Sabiduría de Salomon* (1); los santos padres los citan á menudo con este último nombre (2); y en el lenguaje eclesiástico el nombre de libros de la Sabiduría, comprende no solamente las tres obras de Salomon, sino tambien el Eclesiástico y el de que vamos á tratar; que por un privilegio particular ha sido nombrado por excelencia *el libro de la Sabiduría*, ó como dicen los Griegos, *la Sabiduría de Salomon*, no porque Salomon sea el autor de este libro que casi nadie se lo atribuye, sino porque el autor habla en él á nombre de Salomon. Algunos antiguos (3) citan este libro con el nombre de *Panaréto*, es decir, tesoro de toda virtud, ó coleccion de toda especie de instrucciones que conducen á la virtud. Y en este sentido se debe tomar aquí el nombre de *Sabiduría* como sinónimo de los nombres *religion, piedad, justicia, temor de Dios*; significacion bastante diferente de la que se halla en los escritos de los filósofos paganos, cuya sabiduría no se aplicaba por lo comun á la religion ni á la práctica de la sólida virtud, sino que se limitaba á ilustrar el entendimiento y darle algunos conocimientos estériles de las verdades generales, de una moral muy imperfecta y de una virtud toda natural.

El autor de este libro se propone por objeto principal la instruccion de los reyes, de los grandes, de los jueces de la tierra. A ellos dirige su discurso, y los exhorta desde luego al amor y á la solicitud de la sabiduría. Dios, que es el autor y el principio de ella, se deja encontrar por los que le buscan con sencillez y rectitud de corazon; y se aleja de los que le tienen corrompido y disimulado. El Espíritu del Señor todo lo llena; y así las maledicencias, las murmuraciones y las mentiras, no se escaparán ni á su luz, ni á su venganza. La muerte no viene de Dios; los malos la han introducido en el mundo por sus obras criminales (Cap. 1). Los impíos se persuaden de que no hay nada que esperar despues de esta vida, y que la suerte que les ha tocado es gozar de los deleites presentes. El

(1) Este primer artículo se ha tomado del prefacio de Calmet.—(2) *Tertull. de Praescript. lib. 1. c. 7. Cyprian. testim. lib. III. c. 15. Ambros. de Parad. c. 7. Hilari. in ps. cxxvii. Clem. Alex. Strom. l. vi. Origen. de Princip. l. 1. et alii.*—(3) *Athanas. in synopsis. Epiphani. l. de Pond. et mens.*

I.
Observaciones sobre el título y el autor de este libro.

II.
Análisis de este libro.

justo está expuesto á su aborrecimiento y á sus violencias, y aquellos no hacen caso de la gloria reservada para estos. El hombre se hizo mortal por la envidia del diablo (Cap. II). Las almas de los justos están en la mano de Dios; sus aflicciones son ligeras en comparacion de la gran recompensa que les está prometida. Los malos serán castigados segun la iniquidad de sus pensamientos. La castidad será recompensada, y el adulterio castigado (Cap. III). La generacion casta será honrada, y la adulterina no prosperará. Aunque la muerte de los justos fuere prematura, no dejará de ser dichosa. La pureza de su vida ocupa el lugar de una dichosa vejez. Dios los saca del mundo para ponerlos á cubierto de la corrupcion del siglo. Los malos caerán en una eterna ignominia en el dia de su muerte (Cap. IV). Los justos se levantarán contra quienes los hubieren oprimido; y á su vista los malos estarán llenos de turbacion, se echarán en cara su locura, y comprenderán la vanidad de las grandezas, de las riquezas y de los deleites de este mundo. La felicidad de los justos será eterna. Dios los colmará de honor, y armará á todas las criaturas para vengarse de sus enemigos (Cap. V). La sabiduría es mas estimable que la fuerza. Los reyes han recibido su poder del Señor, quien los juzgará segun el uso que de él hubieren hecho. Los poderosos serán poderosamente atormentados. Facilidad de hallar la sabiduría, y ventaja de poseerla (Cap. VI).

Aquí el autor tomando el nombre de Salomon, propone por ejemplo á este príncipe, á cuyo nombre habla, y explica los medios para adquirir la sabiduría. Todos entran en esta vida y salen de ella de la misma manera. La sabiduría es preferible á todos los otros bienes. Es un tesoro infinito para los hombres; es el reflejo de la luz eterna y el espejo sin mancha de la magestad de Dios (Cap. VII). Nada es mas deseable que la sabiduría, y forma parte de los bienes de aquellos que la toman por compañera de su vida. Los cubre de honor delante de los hombres; y colma su corazon de alegría y consuelo. Es un don de Dios, y es el único á quien se le debe pedir (Cap. VIII).

Aquí comienza una especie de paráfrasis de la oracion que Salomon hizo al Señor al principio de su reinado para pedirle la sabiduría (1); y toda la serie del libro es una continuacion de esta oracion en que el autor describe los efectos de la sabiduría. Dios lo hizo todo por medio de su palabra, y por la sabiduría constituyó al hombre dominador de las criaturas. La sabiduría es necesaria para gobernar á los otros, y para conducirse á sí mismo, porque el hombre está lleno de temor, de incertidumbre y de ignorancia (Cap. IX). La sabiduría conservó al primer hombre, y le sacó de su pecado. Por separarse de ella pereció Cain. Salvó á Noé; conservó á Abraham, y libró á Lot. Condujo á Jacob, siguió á José en su cautiverio; entró en el alma de Moises para salvar por medio de él á los hijos de Israel; libró á estos de la servidumbre de Egipto, y los hizo pasar el mar Rojo (Cap. X). Los guió en el desierto, les alcanzó victoria de sus enemigos, y les sacó agua de una roca. Dios corrigió á sus hijos, y castigó severamente á los impíos. Em-

(1) 3. Reg. III. 6. et seqq.

pleó diversos suplicios para aplicárselos á los Egipcios de un modo proporcionado á sus crímenes. A él solo corresponde el poder soberano, y está lleno de bondad y de amor hacia sus criaturas (Cap. XI). Corrige con dulzura y paciencia á los que le han ofendido, para darles lugar de hacer penitencia; perdona á los malos, no por temor ni por debilidad, sino por misericordia; y porque siendo todopoderoso y eterno, tiene siempre el poder de castigar. Instruye á sus hijos por los castigos que da á sus enemigos (Cap. XII). Vanidad de los hombres que en lugar de reconocer á Dios en sus criaturas, han tomado á estas mismas por dioses. El colmo de la locura y de la ceguedad, es dar el nombre de dioses á las obras de las manos de los hombres, y recurrir en todas sus necesidades á un ídolo vano, inútil para todo (Cap. XIII). En vano el piloto entregándose al mar, invoca á un leño mas frágil que el que le lleva; solo Dios puede darle una ruta segura en medio de las olas. Origen de los ídolos, y de la idolatría (este será objeto de una disertacion). El culto de los ídolos es el origen de todos los males (Cap. XIV). Conocer á Dios es la perfecta justicia. Ceguedad de los que fabrican ídolos, y de los que los adoran. Culto de los animales (Cap. XV). Adoradores de las bestias castigados por las bestias mismas. Los Hebreos alimentados con un manjar delicioso que Dios les dió en su necesidad, y curados de las mordeduras de las culbras por medio de la de bronce. Los Egipcios afligidos y muertos por las langostas y las moscas. El poder de la vida y la muerte está en las manos de Dios. Los Egipcios son heridos de plagas extraordinarias. Los Israelitas alimentados con el maná del cielo (Cap. XVI). Los juicios de Dios son grandes y terribles. Tinieblas extendidas sobre el Egipto. Los mágicos confundidos y asombrados. Los Egipcios abatidos estaban en una noche espantosa, mientras que el resto de los hombres gozaba de una luz muy pura (Cap. XVII). Los Israelitas disfrutaban de esta luz, y son conducidos por una columna de fuego. El ángel exterminador hiere á todos los primogénitos de Egipto. Los Israelitas excitan la cólera de Dios por la sedicion de Coré, y son heridos de muerte; pero Aaron hace que cese esta plaga por medio del incienso y oraciones que ofrece á Dios (Cap. XVIII). Los Egipcios son sumergidos en el mar persiguiendo á los Israelitas, y estos pasan por él con libertad. Regocijo de los Israelitas, alabanzas que dan á Dios, y bienes que reciben de su bondad. Inhumanidad de los Egipcios justamente castigada. Dios se sirve de los elementos contra los malos y en favor de los justos, como lo manifestó en lo que hizo con los Egipcios y con los Israelitas, elevando y honrando así en todo á su pueblo, y asistiéndole en todo tiempo y lugar (Cap. XIX). Así concluye el libro de la Sabiduría.

Este no es de los que han sido siempre recibidos unánimemente como sagrados y canónicos (1): prerogativa propia de los que se hallan comprendidos en el cánón de los Hebreos que están escritos en su lengua, y que han pasado de manos de los Judíos á las de los cristianos sin disputa de una parte ú otra.

III.
Sobre lo canónico de este libro. Testimonio de los san-

(1) El principio de este artículo se ha tomado del prefacio de Calmet, mas la coleccion de testimonios de los santos doctores sobre este punto es toda del editor.

tos doctores
en este pun-
to.

Los que han sido escritos en griego, como la Sabiduría y el Eclesiástico, han sufrido contradicciones; y la Iglesia siempre atenta y circunspecta en sus decisiones, no se determinó sino con gran detenimiento, y después de largas deliberaciones á recibirlos por canónicos. Esta misma lentitud, y estas dudas, prueban que no ha formado su juicio por contingencia ni con ligereza. La escasez de los libros al principio del cristianismo, la distancia entre las iglesias, y la dificultad de reunir concilios generales, hicieron que cada iglesia se atuviese á su tradición para admitir ó no estos libros, hasta que en fin, habiéndose manifestado la verdad, se determinó á recibirlos ó á repelerlos generalmente, y por un consentimiento unánime.

Expondremos aquí primero las pruebas de lo auténtico y canónico de este libro, y responderemos á las objeciones que se hacen sobre estos puntos.

Este libro se cita como uno de los sagrados por los mas antiguos padres griegos y latinos, S. Clemente papa, S. Justino mártir, S. Clemente de Alejandría, Orígenes, S. Cipriano, Eusebio, S. Atanasio, S. Hilario, S. Epifanio, S. Basilio, S. Ambrosio, Optato de Mileve, S. Juan Crisóstomo, y otros posteriores; no obstante lo cual, se ha pasado mucho tiempo ántes de ponerle en el cánón de las divinas Escrituras, porque para el cánón de los libros del Antiguo Testamento se observaba primero el de los Judíos.

El catálogo mas antiguo que tenemos es el de S. Meliton, obispo de Sarda en el segundo siglo, que es conforme al cánón de los Judíos, con la diferencia de que le falta el libro de Ester; y que al de los Proverbios se le intitula así: *Los Proverbios de Salomon, por otro nombre la Sabiduría*. En efecto, el libro de los Proverbios entre los antiguos se halla citado algunas veces con el nombre de *la Sabiduría*, porque esta habla allí en boca de aquel príncipe; pero este cánón no hace mencion del libro que nosotros llamamos *la Sabiduría*.

El primer cánón formado en un concilio, es el del concilio de Laodicea celebrado hácia el año de 365. Es tambien conforme al de los Judíos, y no admite sino *tres libros de Salomon*; de suerte que no comprende á *la Sabiduría ni al Eclesiástico*.

El concilio nacional de Africa, celebrado en Cartagena en 397, es el primero que contando *cinco libros de Salomon*, comprende entre ellos á *la Sabiduría*, pero con el libro del Eclesiástico, que evidentemente no es de Salomon, sino de Jesus, hijo de Sirac, cuyo nombre lleva; y así con evidencia es necesario no tomar en todo rigor la denominacion vaga de *los cinco libros de Salomon*, la cual significa simplemente los cinco libros citados con el nombre de Salomon.

Se halla en la decretal del papa Inocencio la misma expresion que en el cánón de Cartago: *Los cinco libros de Salomon*; pero esto no prueba que Salomon fuese autor de estos cinco libros, sino el uso que se habia introducido de citarlos con este nombre.

El decreto del papa Gelasio en el concilio de Roma en 494, es el primero que ha distinguido estos cinco libros en la numeracion de los canónicos, señalando: *Los tres libros de Salomon, uno*

de la Sabiduría, y otro del Eclesiástico, expresion que los Latinos han conservado siempre después.

Antes de este tiempo, S. Epifanio, obispo de Salamina, que murió en 403, dió un catálogo conforme al de los Judíos, y añade: „En cuanto á los dos libros llamados el uno *Sabiduría de Salomon*, „ó *Panareta*, y el otro, *Libro de Jesus, hijo de Sirac*, aunque sean „útiles y provechosos, no hay costumbre de ponerlos entre las di- „vinas Escrituras.”

Rufino, sacerdote de Aquilea, muerto en 410, da tambien un catálogo conforme al de los Judíos, y añade: „Hé aquí los libros „que nuestros padres han incluido en el cánón de las Escrituras; sin „embargo, es necesario saber que tambien hay otros que no son ca- „nónicos, pero que los antiguos han llamado eclesiásticos, tal es el „que se llama *Sabiduría de Salomon*, y otro que se intitula: *La Sa- „biduría del hijo de Sirac*, ó *el Eclesiástico*.”

S. Agustin en sus *Libros de la Doctrina Cristiana*, no cuenta sino *tres libros de Salomon*, y añade (1): „En cuanto á los dos li- „bros, cuyos títulos son *la Sabiduría y el Eclesiástico*, se les atri- „buye á Salomon por alguna semejanza, pues constantemente se ha „manifestado que su autor es Jesus, hijo de Sirac; sin embargo, se „les debe contar entre los proféticos, porque han merecido ser re- „cibidos como que tienen autoridad.” Se ve que S. Agustin atribuía al libro de la Sabiduría lo que no pertenece sino al Eclesiástico, que es obra de Jesus, hijo de Sirac. El mismo Santo volvió á tratar este asunto en sus *Retractaciones* (2), y reconoció no sólomente que lo que habia avanzado sobre el autor del libro de la Sabiduría no era tan cierto como lo habia creído, sino que era mucho mas probable que Jesus, hijo de Sirac, no es el autor de este libro.

Habla de él asimismo en su *Especjo, Speculum* (3), donde después de haber hecho sus extractos de los libros que aun los Judíos reconocian como canónicos, añade: „Pero es necesario no olvidar „tampoco los que ciertamente han sido escritos ántes de la venida „del Salvador, pero que no habiendo sido recibidos por los Judíos „lo han sido por la Iglesia de este mismo Salvador. Entre estos es- „tán *los dos que muchos atribuyen á Salomon*, fundados, como creo, „en alguna semejanza de estilo, porque los mas sabios reconocen que „Salomon no es su autor, y ni aun tienen sobre esto ninguna du- „da: *Nam Salomonis non esse nihil dubitant quique doctiores*. Pero „no se sabe cuál es el autor del que se llama *la Sabiduría*. En „cuanto al otro que se llama *el Eclesiástico*, los que le han leído „tienen por constante que su autor es un cierto Jesus que tenia por „sobrenombre Sirac.”

El mismo Santo Doctor tuvo ocasion de insistir particularmente sobre la autoridad de este libro en su disputa contra los pelagianos. Habia empleado contra ellos este texto: *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus, aut ne fictio deciperet animam illius* (4). „El justo ha sido arrebatado para que la malicia no pervirtiese su „espíritu, ó las engañosas apariencias no sedujesen su alma; porque,

(1) *S. Aug. de Doctr. Christ.* l. II. n. 13. t. 3. p. 1. col. 23.—(2) *S. Aug. Retract.* l. II. c. 4. t. 1. col. 48.—(3) *S. Aug. Speculo*, t. 3. p. 1. col. 733.—(4) *Sap.* IV. 11.

IV.
Testimonio
de S. Agus-
tin y de S.
Gerónimo
sobre el li-
bro de la
Sabiduría.

„dice este santo padre: ¿De qué servirá á los justos ser así arrebatados de este mundo, si como pretendéis, el mismo pecado que no se ha cometido, de que ni aquí se ha hablado, y en que ni aun se ha pensado, se castiga como si hubiese sido cometido?” Sobre esto Hilario, que le escribe con motivo de los errores de que se dejaban arrastrar los Marselleses, le dice lo siguiente: „En cuanto al pasage que alegas, *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus*, deciden que se debe despreciar, porque no es canónico (1).” S. Agustin responde con extension (2), y observa que ántes de él S. Cipriano habia usado el mismo texto. Añade que aun cuando no se tuviese el testimonio de este libro, el dogma que resulta de él no seria ménos cierto. „Siendo esto así, continúa (3), no ha habido razon para resistir el oráculo del libro de la Sabiduría, que la Iglesia de Jesucristo ha tenido mucho tiempo ha por digno de ser leído pública y solénnemente por sus lectores en las reuniones de los fieles, y que todos los cristianos, desde los obispos hasta los últimos de los simples fieles, penitentes y catecúmenos le escuchan con el respeto debido á un libro divino: *Cum veneratione divinae auctoritatis*.” Pasa luego al deseo que los Marselleses manifestaban de ser convencidos por la autoridad de los antiguos intérpretes de la Escritura. Comienza observando que es injusto exigir de estos sobre el objeto de la disputa, lo que no han tenido ocasion de decir ántes del nacimiento de la heregia pelagiana. Despues añade: „Pero en fin, los que quieren que se les citen textos de antiguos autores eclesiásticos, deben desde luego preferir á todos los intérpretes de la Escritura este libro de la Sabiduría, donde se léen estas palabras: *Raptus est ne malitia mutaret intellectum ejus*, pues que los mas célebres doctores de la Iglesia, y los mas próximos á los tiempos apostólicos, han puesto como superior á ellos la autoridad de este libro, y citándole, ha sido por la persuasion de que alegaban nada ménos que un texto divino: *Qui eum testem adhibentes, nihil se adhibere nisi divinum testimonium, crediderunt*.” Prueba (4); que segun la doctrina de S. Cipriano, el justo vive aquí en medio de los peligros, y se libra de ellos por la muerte. Observa que aun cuando este Santo Doctor no lo hubiese dicho, no hay un solo cristiano que pueda dudar de ello, y de ahí concluye que no queda ninguna dificultad sobre este justo que es arrebatado de este mundo, para que la malicia no pervirtiese su espíritu, segun lo que se ha dicho en el libro de la Sabiduría; y añade: „Nada seria mas irracional que desechar este libro que lleva tantos años de estar en posesion de ser leído públicamente en la Iglesia, y desecharle porque dice algo que no se conforme con la falsa idea de ciertos hombres, que queriendo establecer los méritos humanos, combaten la gracia mas manifiesta de Dios (5).”

Despues de haber defendido así en su libro de la Predestinacion de los santos, el único testimonio que hasta entónces habia sacado del libro de la Sabiduría contra los pelagianos, saca de él otro testimonio en el libro del Don de la perseverancia (6); y en esta ocasion con-

(1) *Epist. Hilar. ap. Aug. t. 10. p. 786.*—(2) *S. Aug. l. de Praed. c. 14. n. 26.*—(3) *N. 27.*—(4) *N. 28.*—(5) *N. 29.*—(6) *S. Aug. l. de Don. pers. c. 17. n. 43.*

firma lo que habia dicho de la autoridad de este libro. Refiere estas palabras de Santiago: *Si á alguno de vosotros le falta sabiduría, pidasela á Dios, y le será dada* (1). Añade lo que Salomon dice en los Proverbios (2), que *Dios da la sabiduría*; y agrega: „El libro de la Sabiduría, cuya autoridad ha sido empleada por muchos grandes y sabios personajes que han trabajado largo tiempo ántes de nosotros sobre la Santa Escritura, dice lo mismo con motivo de la continencia, pues sus palabras son estas (3): *Como yo sabi que ninguno puede tener la continencia si Dios no se la da (y el saber quien da este don venia tambien de la sabiduría)* &c. La Sabiduría y la continencia, sin hablar de las demas virtudes, son pues dones de Dios. Nuestros hermanos (de Marsella) convienen en esto porque no son pelagianos, y no es propio sino de estos hereges el contradecir con obstinacion una verdad tan clara.”

Hasta aquí San Agustin ha fundado en solo el testimonio de la tradicion, la autoridad divina del libro de la Sabiduría. El va á descubrirnos otra prueba de la inspiracion divina que caracteriza á su autor, y que acaba de justificar la autoridad divina que los antiguos han reconocido en aquel libro. Tal es la célebre profecía que se halla en él tocante al misterio de los padecimientos de Jesucristo. San Agustin la refiere en su grande obra de la *Ciudad de Dios* (4), en que despues de haber recogido del libro de los Salmos diversas profecías relativas á Jesucristo y á su Iglesia, pasa á los libros de Salomon. Comienza probando que este ha profetizado en sus tres libros recibidos como que tienen autoridad canónica, y añade: „En cuanto á los otros dos que se llaman el uno la Sabiduría y el otro el *Eclesiástico*, se ha introducido el uso de atribuirlos á Salomon por alguna semejanza de estilo; pero los mas sabios llevan que no son de él, y no tienen sobre esto ninguna duda: *Non autem esse ipsius, non dubitant doctores*. Sin embargo la Iglesia, y principalmente la de Occidente, los ha recibido desde tiempo antiguo como dignos de autoridad: *Eos tamen in auctoritatem maximè Occidentalis, antiquitus recepit Ecclesia*; y en uno de estos libros, es decir en el que se llama la Sabiduría de Salomon, la pasion de Jesucristo está profetizada muy claramente, porque allí se hace mencion de sus impíos asesinos que dicen (5): *Hicgamos caer al justo en nuestras redes, porque nos es incómodo y contrario á nuestros modos de vivir, y nos echa en cara las violaciones de la ley, y nos deshonor descubriendo las faltas de nuestra conducta. Asegura que tiene la ciencia de Dios y se llama Hijo de Dios. Se ha hecho censor de nuestros pensamientos. Su vista sola nos es insoportable, porque su vida no es semejante á la de los otros, y sigue una conducta muy diferente. Nos considera como gentes que no se ocupan sino en fruslerías; se abstiene de nuestro modo de vida como de una cosa impura; prefiere lo que los justos esperan en la muerte, y se gloria de tener á Dios por Padre. Véamos pues si sus palabras son verdaderas; experimentemos lo que le acaecerá, y veremos cual será su fin; porque si es verdaderamente Hijo de Dios, Dios tomará su defensa, y le librá de las manos de sus enemigos. Preguntémosle por medio de los ultrajes y por los*

(1) *Jacob. i. 5.*—(2) *Prov. ii. 6.*—(3) *Sap. viii. 21.*—(4) *S. Aug. de Civ. l. xvii. c. 20.*—(5) *Sap. ii. 12. et seq.*

„tormentos, á fin de que reconozcamos cual es su dulzura, y hagamos la prueba de su paciencia. Condenémosle á la muerte mas infame, porque segun sus palabras, Dios tendrá cuidado de él. He aquí lo que ellos han pensado; y se han extraviado, porque los cegó su propia malicia.” Esta profecía es tan clara que no hay necesidad de explicarla; por eso San Agustin no le añade ninguna reflexión. Ahora bien, un libro profético es evidentemente un libro inspirado; y hay lugar de presumir que esta profecía es la que ha granjeado á este libro la autoridad divina que se reconoce en él desde los primeros siglos; y es probable que por ella se decidiesen los sufragios para admitirle en el número de las Escrituras canónicas. Si se ha pasado tiempo en recibirle, es porque como se ha visto, al principio se atenían al cánón de los Judíos en cuanto á los libros del Antiguo Testamento, y no era de extranar que los Judíos rehusasen un libro que no estaba escrito en hebreo, y que sacaba su principal autoridad de una profecía cuyo cumplimiento no querian reconocer en Jesucristo; ni podian hacerlo sin pronunciar ellos mismos su condenacion. En fin, se han vencido las injustas preocupaciones que excluian del cánón de las Escrituras un libro evidentemente profético; y si primero se le comprendió en el número de los libros de Salomon, despues se ha sabido muy bien distinguirle; sólomente los Griegos han continuado llamándole la *Sabiduría de Salomon*, mientras que los Latinos le han llamado la *Sabiduría*.

San Gerónimo, que precedió á S. Agustin, ha variado sobre el autor y lo canónico de este libro. Le cita con frecuencia, como á los otros contenidos en el cánón de las divinas Escrituras. En una de sus cartas á Paulino (1), refiere estas palabras: *Cani hominis prudentia ejus*, como de Salomon, *Salomone testante*. En su comentario sobre Jeremias, las cita como de un profeta: *Propheta loquente*. En otra parte recuerda otro texto (2) como sacado de la *Sabiduría*, llamada de Salomon: *In sapientia quae Salomonis scribitur*. Pero cuando pasa á la enumeracion de las Escrituras canónicas, no comprende en ellas mas que á los tres libros de Salomon, y nada dice de los otros dos en su *Carta á Paulino* (3): habla de ellos en su prólogo (4), únicamente para decir que no están en el cánón. Por último, en su *Prefacio sobre los libros de Salomon* (5), despues de haber hablado de los tres de que es autor aquel príncipe, añade: „Tambien hay un libro que se llama la *Panareta de Jesus, hijo de Sirac*; y otro falsamente intitulado con el nombre de „*Sabiduría de Salomon: Et alius pseudepigraphus, qui Sapientia Salomonis inscribitur*. He visto el primero en hebreo; pero el segundo no se halla en ninguna parte entre los Hebreos: ademas, el mismo estilo sabe á la elocuencia griega: *Et ipse stylus graecam eloquentiam redolet*; y algunos de los escritores antiguos aseguran „que es de un judío llamado Filon: *Nonnulli scriptorum veterum hunc esse Judaei Philonis affirmant*.” Se ve tambien otro vestigio de esta tradicion en la disputa de Juliano el pelagiano con S. Agustin. Juliano dice (6) que *una opinion incierta atribuye este libro á*

(1) Hier. Op. Tom. iv. part. 2. col. 563.—(2) Tom. iv. part. 1. col. 248.—(3) Ep. ad Paul.—(4) Prol. Galeat.—(5) Praef. in Libr. Sal.—(6) S. Aug. Op. Tom. x. col. 1209 et 1210.

Sirac ó á Filon. Pero no se sabe cual es el Filon á quien se le atribuye este libro. Algunos han pretendido que era el célebre Filon, judío de Alejandría, cuyas obras tenemos, y que murió despues de Jesucristo. Pero murió en el judaismo, y así no ha podido ser autor de un libro en que se halla un testimonio tan formal á favor de Jesucristo. S. Gerónimo, que habla de las obras de este célebre judío, no hace mencion del libro de la *Sabiduría*. Otros pretenden que el Filon á quien los antiguos le han atribuido, es un judío que vivia en el tiempo de los Setenta intérpretes, bajo el reinado de Ptolomeo Filadelfo, cerca de 280 años ántes de Jesucristo. Esto seria mas verisímil, si este antiguo Filon fuese mas conocido; pero es inútil buscar lo que Dios ha querido dejarnos ignorar, bastando tener presente, que lo que ha determinado á los mas sabios, *doctores*, como dice S. Agustin, á no reconocer en aquel libro la pluma de Salomon, es que esta obra no existe en hebreo; que jamas ha sido reconocida por los Judíos, y que, como nota S. Gerónimo, léjos de advertirse en ella el estilo de Salomon, se encuentran expresiones que no han podido salir sino de la pluma de un autor griego.

Ahora es necesario responder á las objeciones que se nos oponen sobre lo canónico y auténtico de este libro.

Las principales razones que se producen (1), son: 1.^a que los Judíos no le admiten en su cánón: 2.^a que algunos antiguos padres (2) le han colocado en el número de los libros disputados; que muchas Iglesias no le admiten, y algunos modernos entre los mismos católicos (3) no le reconocian como indisputablemente canónico ántes de la decision del concilio de Trento: 3.^a que parecia indigno de un autor inspirado, usar de disfraces, como lo hace el autor de este libro que se encubre con el nombre y la persona de Salomon: 4.^a que se hallan en este libro pasages sospechosos de error ó de suposicion sobre ciertos hechos de circunstancias, que parecen contrarias á la narracion de Moises, y otras de que no se halla vestigio en las obras del mismo: 5.^a que no hay ninguna probabilidad de que Filon el judío, á quien muchos (4) atribuyen este libro, haya sido inspirado, habiendo vivido y muerto en el judaismo sin haber reconocido á Jesucristo, ni recibido el Evangelio. Respondamos á estas objeciones.

Primero. Se nos opone la autoridad de los Judíos que no han recibido este libro en su cánón, y el testimonio de algunos antiguos y modernos que no le consideran como indisputablemente canónico. Pero la autoridad de los Judíos no ha sido de gran peso en la Iglesia, principalmente la de los Judíos modernos, cuya malicia y mala fé son conocidas y declaradas en todo lo que mira á nuestra santa religion. Los apóstoles, infinitamente mas dignos de crédito, han sacado de este libro testimonio para la ver-

(1) Este artículo y los dos siguientes son tomados del prefacio de Calmet.—(2) Athan. in synopsi. Epiph. lib. de Pond. et Mens. Hieron. Prol. Galeat. et in Zach. vii. et xi. et ep. 115. Joann. Damasc. de Fide cathol. l. iv. c. 18. Melito ep. ad Onesim. Orig. in psal. 21. Euseb. Hist. Eccl. l. iv. c. 28. et Laodic. Syn. Athan. ep. festali. Greg. Naz. Cyrill. Jerosol.—(3) Liran hic. Cajetan. in Esther. ad finem.—(4) Hieron. in Prolog. in Libr. Sal. Liran. et Dionys. hic. Galatin. de Ariani. l. i. c. 4. Ludov. Vives, in lib. xvii. S. Aug. de Civ. Dei, c. 20.

V.
Objeciones que se forman contra la autenticidad y lo canónico de este libro.

VI.
Respuesta á las objeciones y primero sobre que los Judíos no han recibido este libro en su cánón y que